

ALFAGUARA



Javier Marías

Ni se les ocurra disparar

Nota del editor

El volumen que el lector tiene en sus manos recoge los artículos publicados por Javier Marías en el suplemento dominical *El País Semanal* entre el 8 de febrero de 2009 y el 6 de febrero de 2011; en suma, 97 piezas que corresponden a dos años de labor columnística.

Como hace casi siempre con las recopilaciones de sus textos periodísticos, Marías ha escogido como título para esta colección el de uno de los artículos que la componen, «Ni se les ocurra disparar», una diatriba inteligente e irónica contra la pusilanimidad de nuestros gobernantes a la hora de hacer frente a los ataques de los piratas en los mares. Aunque centrada en España y en un caso concreto, la pieza va más allá y revela algunas de nuestras contradicciones como sociedad, algo característico en Marías —no quedarse en la superficie de las cosas, además de no callarse nunca ante las tropelías— y que sus lectores aprecian muy especialmente, tanto que con mucha frecuencia han manifestado en las Cartas al Director que al leer sus artículos sienten que su voz los representa. Así, involuntariamente, el Marías escritor de columnas se ha convertido para muchas personas de toda clase y condición en la voz del ciudadano común, y aun —paradójicamente, dados el atrevimiento y la originalidad de sus posturas e ideas— en la del sentido común que tanto parece escasear hoy en nuestro país.

Claro que las cuestiones que abordan las colaboraciones semanales reunidas en este libro no se ciñen al ám-

bito de lo político o lo social, sino que las piezas se ocupan de asuntos muy variados que interesan o preocupan al autor, a menudo salpicadas de bromas. Por poner algunos ejemplos de dichos asuntos: el arte contemporáneo, libros, películas y series de televisión (los favoritos y los denostados), el deterioro de la lengua, el Mundial de Fútbol de Sudáfrica, los desmanes de la Iglesia católica (su artículo sobre la Semana Santa es un clásico), el cumpleaños de una amiga, la crisis económica, su vuelta a Venecia y a New Haven al cabo de muchos años, las nuevas normas de ortografía, su miedo a volar, una bailarina y un señorín...

Al leer seguidos los artículos aquí reunidos, se tiene la impresión de que Javier Marías, con su claridad expositiva y la hondura de sus reflexiones, al tiempo que nos desvela a todos la realidad, también incita y espolea constantemente al lector a pensar más por su cuenta sobre el mundo en que vivimos.

La idiotez de no saber por qué

Hace ya mucho que, cuando visito un museo, mi paso se acelera al llegar a las salas de lo que se suele llamar «arte contemporáneo», es decir, a grandes rasgos, el producido entre 1965 y la actualidad. Rara es la obra de este ya largo periodo que me invita a detenerme ante ella más de un minuto, incluidas las que me agradan, que algunas hay. Pero la mayoría me parecen lisas como el futuro y casi ninguna rugosa como el pasado. Me aburro mirándolas, porque apenas hay nada que desentrañar. A lo sumo son «bonitas», pero de la misma o parecida manera en que resulta bonito un mueble al que se echa un complacido vistazo y nada más. Si aún visito esas salas, es sobre todo por un autoimpuesto sentido del deber y por un afán de respeto hacia quienes han colgado allí esos cuadros o artefactos. «Algo habrán visto los responsables, para otorgarles tan distinguido lugar», pienso, «y que yo difícilmente lo vea no significa que ese algo no esté. Me voy a esforzar». Miro y me suelo quedar como estaba. Debo añadir que eso no me causa complejo ni preocupación. Al contrario, salgo con la conciencia doblemente tranquila: he hecho el intento y, si no he logrado interesarme, considero que no es culpa mía sino de la obra en cuestión. He visto suficiente arte a lo largo de mi vida como para crearme ahora inseguridades.

Por supuesto, no me molesta en modo alguno la exhibición de «arte contemporáneo» en dichas salas. Allá los dueños de cada museo, y nadie me obliga a entrar en

ellos. Sí me molestan, en cambio, y mucho, las supuestas obras artísticas que se me fuerza a contemplar: las que instalan las autoridades en las calles y las que pintan los grafiteros en un muro, una fachada, un vagón de metro o donde quiera que se les ocurra. Hoy existe una infinita comprensión hacia estos «artistas espontáneos», cuando no se los alienta directamente desde la prensa y las instituciones, que temen no parecer lo bastante «democráticas». Yo no lo entiendo, ya que los grafiteros no sólo están *imponiendo* su imaginaria particular a los demás, en un espacio común del que no se puede escapar, sino que también están *tachando* la limpieza o desnudez de un edificio, su mera neutralidad. ¿Se imaginan que entraran en sus casas y les pintaran las paredes para «dar rienda suelta a su creatividad», y ustedes tuvieran que ver sus chorradas a diario o borrarlas repetidamente? La situación no es muy distinta en la ciudad, ya que éstas son extensiones de nuestros hogares, sitios por los que nos movemos, sólo que, al ser de todos, ni nosotros ni nadie podemos decidir cómo decorarlos. Las autoridades sí deciden, y a menudo me pregunto con qué potestad.

Hay tres o cuatro artistas actuales que siempre «necesitan» las ciudades y a los que, incomprensiblemente, los ayuntamientos del mundo dan sus permisos y beneplácitos. Uno es ese individuo, creo que búlgaro, que lleva un montón de años envolviendo edificios emblemáticos con lonas, nunca he sabido con qué objetivo ni le he visto el interés. Otro es un americano que reúne a masas de personas en una plaza o explanada, las convence de desnudarse todas a la vez y les hace unas espantosas fotografías, tampoco se sabe con qué fin ni interés, más allá de los del *voyeur*. El tercero es un escultor colombiano que de vez en cuando invade las ciudades con sus figuras monótonamente gordas y artísticamente planas. El cuarto es un suizo que

ideó lo que se conoce como Cow Parade: sus horrendas vacas de fibra de vidrio he tenido la mala suerte de topármelas en el pasado en Edimburgo, Berlín y Dublín, y ahora, con descomunal retraso, las han puesto en Madrid: ciento cinco vacas sin ningún atractivo, decoradas por artistas locales y a cual más chafarrinosa. Bueno, ya digo que maldita la gracia que me hace encontrarme con las lonas imbéciles, las masas empelotadas, las esculturas paquidérmicas o las vacas pintarrajeadas. Personalmente no creo que nada de eso sea buen arte, pero admito que otros lo crean y me aguanto mientras duran el «experimento» o la «exposición».

No es el caso de parte de mis conciudadanos, que el primer fin de semana que tuvieron a las vacas bobas diseminadas por Madrid, robaron una (tras desatornillarla), se montaron sobre varias y dañaron a propósito la mayoría. Y me temo que no fue porque no les gustaran, como a mí, sino porque están acostumbrados a que cualquier objeto que esté en la calle se pueda robar o destrozar impunemente. Son los mismos sujetos, no se olvide, que se abalanzaron con tijeras a cortar trozos de alfombras durante la boda de los Príncipes de Asturias, y que se llevaron a sus casas hasta el último adorno de aquella ocasión. Son los que dejan arrasadas la Puerta del Sol y la Plaza Mayor tras cualquier celebración, que roban o destruyen papeletras no se sabe por qué, que mean y vomitan en los portales cercanos a las zonas de copas o de botellón. Estoy convencido de que si a cualquiera de esos individuos se le preguntara, fuera de la situación, por qué había hecho esto o lo otro, respondería «No lo sé» o, en el mejor de los casos, «Por diversión». Y de que a la siguiente pregunta —«¿Por qué eso es divertido?»— contestaría igualmente «No lo sé». Hacer cosas sin saber por qué es una de las mayores pruebas de idiotez, y la plaga va más allá de Madrid.

Nuestras autoridades llevan decenios permitiendo —más bien fomentando— una ciudadanía dominada por esa idiotez. Claro que es probable que a la pregunta «¿Por qué nos colocan ustedes las lonas, las muchedumbres en bolas, los obesos y las vacas feas?», también ellas supieran sólo responder: «No lo sé».

8-II-09